LA EMINENCIA GRIS

No basta ya á la impiedad haber difundido con sus publicaciones todas las perversidades ; no satisfecha con haber esparcido, por medio de la prensa cuantas calumnias ha podido hacinar contra la Religion y sus ministros, ha buscado con ahinco el teatro, la pintura y la fotografía para hacerlas más tangibles, más populares, más insinuativas. Y lo ha logrado de un modo portentoso, gracias á la cooperacion de muchos y á la indiferencia de los mas.

A buen seguro que la mayor parte de nuestros lectores al leer el epígrafe que encabeza el presente trabajo, ignoran á que nos referimos ; suerte han tenido de qué no toparan sus ojos con unas fotografías de gran tamaño y de mérito artístico , en que copiando un no ménos célebre cuadro moderno, representan una escena de todo punto falsa en el terreno histórico, insidiosa en la esfera de lo político y maliciosísima en lo que á lo religioso atañe.

El cuadro dá forma á una idea vertida por Voltaire, y envuelve una sátira contra Richelieu; una burla contra la Francia, un dardo contra los frailes; y una diatriba contra uno de los hombres más distinguidos y que más trabajaron para el bien de su pátria.

Imposible parece que el despecho de los protestantes recuerde aún, despues de dos siglos, y persiga la memoria de los que justamente desbarataron los planes de disolucion social: y más inconcebible que á ello les ayuden y cooperen personas que debieran de oponerse por completo, á sus tentativas continuadas para soliviantar los ánimos y hacer desaparecer toda idea de justicia, de paz y de verdad.

Reconocemos en el autor del cuadro talento no comun, inspiracion, etc., etc.; cualidades que lamentamos se pongan al servicio de ideas sobrado rastreras para el génio, En el rellano de la magnífica escalinata de palacio, un fraile capuchino, de mirada penetrante y altanera, despide desdeñoso y con la cabeza erguida á unos nobles que pretenden una audiencia del ministro; los alabarderos presentan las armas al personaje á quien en el lema del retablo se apellida *La Eminencia gris.*

Escrito ya el presente trabajo, hemos tenido la desgracia de ver expuesto un nuevo cuadro sobre el mismo asunto. ¡Qué miras tendrán los artistas para resucitar esa estúpida anticualla! Las tintas del nuevo son mucho más subidas que las del anterior; más picarescas (diria cualquier quidam de buen humor; poco acostumbrado á medir el valor de las palabras) mucho más insolentes, atrevidas y falsas decimos nosotros.

En primer término mosqueteros y guardias reales con sendas alarbadas forman el zaguanete de la subida á la gran escalinata de palacio, suben los tramos una multitud de magnates, que al divisara la *Eminencia gris* que en el rellano afecta rezar en el breviario (pero en realidad mira de soslayo con una socarronería que hiela la sangre á los que la sorprenden), se descubren reverentes y cogen una afectadísima postura de sumision y vasallage. Otros individuos que han traspuesto ya la gradería superior al fraile continúan temerosos subiendo y atisbando todos los gestos del personaje, héroe de la fiesta. Mayor malicia no puede encerrarse en un asunto al parecer completamente trivial.

¡Cuando se convencerán los artistas que no hay belleza donde falten la verdad y la bondad! ¡cuando sabrá el público que se llama ilustrado, que la bondad y la verdad y la belleza forman una trina unidad incomprensible, que no siendo una la otra, en defecto de cualquiera de ellas, no existe ninguna!

La pintura seria un modelo; si fuese verdad tanta belleza; no siéndola, resulta la cabeza vacía de la fábula.

Despues de tanto exordio necesario, vayamos á nuestro asunto. Tócanos demostrar que la pintura en cuestion resucitando una idea vetusta y contro-

vertida, trata de difundir una falsedad histórica que ha sido de sobras confundida en los libros, al igual que por medio del teatro se ha popularizado con la ópera los *Hugonotes*, una calumnia contra el catolicismo, (que los fieles que tuviesen un ápice de vergüenza no deberian jamás autorizar con su presencia) y que no puede mantenerse ya por medio de la prensa.

Díjose allá, en tiempo de marras, que el Cardenal Richelieu era un pillastre, que nada hubiera hecho sin el Padre Joseph, religioso capuchino, su *factotum* quien hacia y deshacia, cortaba y cosia, freia y guisaba á su gusto y antojo. De ahí el no dejarle al pobre religioso de entrometido, ambicioso, déspota, mal amigo, peor consejero y mil otras lindezas por el estilo. De ahí el clamar contra la intervencion de los frailes en la gestion pública, como si no tuvieran igual derecho que otro ciudadano cualquiera, y por su instruccion y moralidad el deber sobre todos los demás de mirar y trabajar por el bien de su pátria. De ahí el despachárselas Voltaire á su gusto contra los Reyes y contra los Cardenales y contra los Papas y contra la Religion.

Un fenómeno notabilísimo hay que observar en este hecho. Los franceses tienen fama de gran amor pátrio, y en efecto, mil veces han demostrado poseer esa virtud en grado heróico. Pues bien, dispuestos á sacrificarlo todo por la Francia; solo sacrifican su ídolo al ódio á la Religion. Si el P. Joseph no hubiese sido un religioso capuchino, á buen seguro que todas las trompetas de la fama pregonarian aún hoy las excelencias de ese hombre verdaderamente notable; mas como tuvo la fortuna de pisotear las vanidades del mundo con sus piés descalzos, sus compatriotas impíos se hicieron un deber de llenarle de dicterios; acumularon sobre él toda suerte de calumnias, y á no haber existente la correspondencia del Cardenal de Richelieu y datos auténticos irrecusables, esa figura, que resplandece como iris de salvacion en época muy aciaga, se tuviera por la de un ambicioso vulgar, de aquellos que á fuerza de hipocresías y perfidias logran arrebatar un puesto para hacer su agosto.

No nos entretendremos en destruir quiméricas invenciones, ni á desmentir una por una las mil patrañas urdidas sobre el asunto, otros lo hicieron ya con ventaja algunos lustros hace; reseñaremos la biografía del P. Joseph, «de la *Eminencia gris*; de ese poder oculto, de ese fraile ambicioso, de ese hipócrita con capucha, de esa calamidad para el pais, de ese tipo repugnante, que gracias al hábito supo dominar al Cardenal, al Rey y á la Francia;» y de ella deducirá todo lector sensato quien fué ese grande hombre.

Francisco le Clerc du Tremblay, conocido por Padre Joseph, nació el 4 de Noviembre de 1577. Su noble cuna, su talento y la aficion á los estudios prometíanle un elevado puesto en la sociedad y en la córte, pero apenas rayaba á los 16 años que trató de

retirarse al claustro y eligió para ello la regla de los capuchinos. Para madurar su resolucion hizo un viaje á Italia y Alemania, entró en el ejército de Francia batiéndose con bravura en el sitio de Amiens y despues pasó á Inglaterra en calidad de agregado á la embajada. Todo le confirmó en su idea y el 2 de Febrero de 1599, á los 22 años, se ciñó el hábito de San Francisco.

Pronto fué conocido y celebrado por su ciencia teológica; hábil contravertista y predicador elocuente dedicóse á evangelizar el pueblo y á la conversion de los protestantes. En 1615, durante sus misiones en el Poitou, formó tres grandes proyectos que sometió luego personalmente á la aprobacion del Papa. Primero. Extirpar la hergía tan extendida en Francia, formando misiones proporcionadas á tan gran empresa: 2.° La conversion de los infieles y salvar la tierra santa del despotismo musulman: 3.° Establecer las religiosas del Calvario destinadas á orar perpétuamente. La piedad y la persuasiva elocuencia del Padre Joseph alcanzaron del Sumo Pontífice la aprobacion de tan laudables empresas.

Dos solas, las que dependieron exclusivamente del P. Joseph, tuvieron feliz cumplimiento, las misiones en Francia y la institucion de las hijas del Calvario. El proyecto de cruzada contra los turcos fracasó por la falta de union entre los Príncipes cristianos.

Poco tiempo despues, el P. Joseph entró á desempeñar las funciones de secretario de Estado.

Para comprender bien; fotografiar, como se dice ahora, la fisonomía política del personaje que nos ocupa, dejemos la palabra á un conocido autor del siglo diez y siete.

«No puede dudarse, dice, que así como es altamente imprudente mezclarse en asuntos civiles y políticos sin vocacion especial, es inexcusable oponerse á la voluntad de Dios cuando esta es manifiesta para llamarnos á desempeñar cargos públicos. No suele haber en el mundo escrúpulos sobre lo primero; la ambicion, la avaricia y el deseo de provecho sirven á muchos de vocacion. Todos los dias vemos personas de todas clases entrometerse en la gestion pública siendo para ella completamente incapaces.

»Pero cuando por maravilla hay hombres de talento extraordinario y por humildad han abrazado ese género de vida, obscuro en donde se esterilizan para la política sus vastos conocimientos, los Príncipes tienen el derecho de llamar á esos individuos y aún, cuando les sea desagradable, encargarles los negocios convenientes á su génio. Así el P. Joseph fué arrancado de su celda; no solamente por la voluntad del Rey, sino por la autoridad soberana del Pontífice, y por la obediencia ciega que á sus superiores debia. Todo fué preciso para que el eminente capuchino aceptase el cargo importantísimo que el Cardenal de Richelieu creyó deber encomendarle.»

«Si la ambicion le hubiese llevado á la córte, no habria ciertamente rechazado las dignidades eclesiás-

ticas que tantas veces se le ofrecieron. Firme en su humildad, nada pudo vencerlo; sin perder de vista ni un solo momento la regla de San Francisco que habia abrazado, ha vivido siempre como á capuchino en una córte donde podia vivir como á Obispo. Por más que el favor que merecia pudo grangearle riquezas para el, para su familia ó para el convento, jamás usó de su influencia para reportar ningun lucro. La vida austera y de penitencia llevada por tantos años en el seno mismo de la córte, es una prueba convincente que no buscó los placeres, ni las riquezas en un lugar á que para ello aspiran la mayoría de los hombres vulgares. » « ¿ Es él P. Joseph el solo religioso que haya desempeñado cargos importantes en el gobierno de los estados ? ¿ Un fraile, un sacerdote, deja de ser súbdito de su Rey por solo ser religioso ? ¿ Pierde acaso el sacerdote las cualidades de ciudadano por el mero hecho de ordenarse ? »

A buen seguro que no, y los admirables ejemplos de buen gobierno dados por los moradores de los conventos aseguran cuán útiles han sido al Estado en todos los tiempos. Suger y Mathieu de Vendome, el bienaventurado Juan Capistrano, Calatagirona, Fra. Paolo, el capuchino Emerich y sobre todos, nuestro Jimenez de Cisneros serán siempre testimonios irrecusables de esta verdad.

Los importantes actos políticos en que intervino el P. Joseph, atestiguan el buen acierto de Luis XII al llamarle á la vida pública. El tratado de Lodun y la

conquista de la Rochelle, con el abatimiento del anglicanismo político y religioso bastan para inmortalizar el talento y la perseverante decision del P. Joseph.

Los detalles de la administracion de este grande hombre no son de este lugar; remitimos al lector á los manuscritos de la Biblioteca Real de Francia, donde se declaran hechos curiosísimos y de profunda enseñanza.

A nuestro propósito solo hace manifestar que la córte no cambió en un ápice la conducta del P. Joseph, no dejando ni un momento de ser fiel á los deberes monásticos, cual si no hubiese salido del claustro.

Concertó un método que armonizaba sus funciones de secretario con la regla estrecha de su órden, y era admirable, durante tantos años, ver que nunca faltó á ese sistema de vida.

«Levantábase á las cuatro de la mañana, hacía una hora de oracion y rezaba con el P. Angel, su compañero, las horas hasta sexta. Despues de haber ofrecido á Dios las primicias del dia, trabajaba en la correspondencia y notas diplomáticas. A las nueve entraba en el despacho ordinario hasta las once y media que decia la misa en un oratorio particular del palacio. Despues despachaba á la multitud que presentaba solicitudes y memoriales, *sin que jamás hubiese desairado, ni desatendido á nadie fuera de la clase que fuese*. A la una se sentaba á la mesa, acompañado de su amigo el P. Angel, insiguiendo en la comi-

da la frugalidad del convento, todas las prescripciones de la Santa Regla, incluso la lectura de un libro piadoso durante la misma. De sobremesa recibia una multitud de amigos que le confiaban árduos asuntos. Estas visitas duraban hasta las cuatro en que se retiraba á concluir el rezo y á la oracion, que prolongaba hasta las 6, de esta hora hasta las 8 trabajaba en el despacho, cenaba ó hacia colacion, pues nunca dejó los ayunos previstos por la regla de la Religion seráfica; y despues pasaba á conferenciar con el Cardenal hasta las 10, hora en que si las ocupaciones no se lo impedian, despedíase del mundo para hablar con su Dios hasta la media noche.

Fiel á todos sus deberes hasta el último momento, el P. Joseph agobiado de trabajo y de cansancio llegaba á su fin. Un primer ataque de apoplejía hízole decidir á dejar la córte y dedicarse exclusivamente á la preparacion para la muerte. Retirado al convento de Sentis, pasó despues al de la calle de San Honorato en la capital, no quiso mezclarse en asunto alguno á pesar de las reiteradas súplicas del gobierno. No obstante, gravísimas complicaciones, que solo él podia resolver por haber estado en los antecedentes, le obligaron á pasar á Reuil á donde fué conducido en litera. Despachados los asuntos y cuando pensaba volver á su amado convento un segundo ataque acabó con tan preciosa vida; expirando el dia 18 de Diciembre de 1638.

Su entierro fué con todos los honores que á un

hombre ilustre pueden tributarse y la concurrencia inmensa de todas las clases de la sociedad, atestiguó que ésta habia perdido uno de sus más esclarecidos varones.»

Sobre su tumba Richelieu hizo esculpir el siguiente epitafio.

«D. O. M. A la perpétua memoria del reverendo P. Joseph Le Clerc, de París, capuchino.—Aquí yace aquel cuya virtud será imperecedera, pues para llevar el yugo del Señor desde su adolescencia, abandonó sus títulos de nobleza y sus cuantiosos bienes; y ha vivido siempre muy pobre en una órden de suma pobreza, investido de las funciones de provincial, en su órden ilustró la Iglesia con sus escritos y sermones. Desempeñó funciones públicas con santidad y prudencia, y habiendo sido llamado por el Rey cristianísimo, verdaderamente justo, sirvió en ese estado, fielmente á Dios, al príncipe y á la pátria con cuidado, madurez y seráfica devocion, lo mismo que con gran tranquilidad de espíritu. Guardó hasta el último dia de su vida la completa observancia de la regla que habia jurado, aún cuando para el bien de la Iglesia le habia sido dispensada por tres soberanos Pontífices. Por sus consejos y misiones combatió la heregía en Francia y en Inglaterra y levantó el abatido ánimo de los cristianos de Oriente. Vivió con austeridad y pobreza en medio de las delicias y riquezas de la córte y murió siendo propuesto para el Cardenalato.»

Luis XIII al saber la muerte del P. Joseph, dijo: *Pierdo en él el más fiel de mis vasallos* y el duque de Orleans exclamó : *Hé ahí muerto el apoyo de los príncipes, el más sincero de todos los hombres y el más fiel de todos los amigos.*

¡ Tal ha sido el P. Joseph !

¿ Porqué, pues, forjar contra la memoria imperecedera de su ilustre renombre esas escenas humillantes ? ¡ Ah ! Ya lo decimos al principio, si el P. Joseph en vez de vestir el sayal del capuchino y practicar la virtud y desempeñar con talento, honradez y patriotismo la delicadísima mision que el Rey de Francia le confiara, hubiese imitado la conducta de muchos otros que con la sed de goce y la ambicion escalan los puestos del poder, que luego explotan ofendiendo á Dios, desprestigiando á los Príncipes y arruinando el país; entonces las cien trompetas de la fama ensalzarian su nombre, por más que las personas honradas le execraran. ¡ Así vá el mundo ! ¡ Así vá la historia !

LA NOCHE DE S. BARTOLOMÉ

I

No intervino en los hechos para nada el Catolicismo. El temor de pasar por apologista de una accion pintada con toda la viveza de los más crueles horrores, ha impuesto silencio sin duda á muchos escritores, y las declamaciones aventuradas de enciclopedistas y protestantes de mala fé han adquirido carta de naturaleza en la historia, hasta el punto que no corre poco riesgo de pasar por visionario, quien intente desmentirlas. Pero como nuestro empeño para sacar incólume la verdad, es, gracias á Dios, á prueba de befas y dicterios, diremos lo que de los datos auténticos resulta, ríase quien se ria, exaspere al confundido ó convenza al que estudia, para sacar en claro lo cierto y positivo de los hechos.

Tres siglos han corrido desde la famosa noche de San Bartolomé, lo cual es título suficiente para que pasado el hervor de las pasiones, aparezca la impar-